

y centrífuga y ya desde entonces se presentan por Bacon la mayor parte de los descubrimientos de los siglos siguientes, y se preparaba la luminosa senda que había de recorrer el célebre Newton descubriendo y comprobando las leyes de la atracción universal con sus inmensos resultados. Algunos estudiaban y recorrían los mares y descubrían nuevas costas y nuevas tierras, y otros estudiando los minerales y plantas de las tierras descubiertas, enriquecían á la vieja Europa con las preciosidades de América. El sorprendente aspecto del Nuevo-Mundo y la justa admiración que deberían causar sus grandes novedades, impulsó también á la literatura y bellas artes, despertando vivamente en el espíritu de los hombres el lenguaje de las musas para cantar tan grandes maravillas. Los nombres de los Tasso, de Fray Luis de Leon, de Fray Luis de Granada, Garcilaso de la Vega y otros muchos en la república de las letras y los de Rafael y Miguel Angel en las bellas artes prueban con evidencia que se progresaba en todos sentidos: hasta á los infelices sordo-mudos, que casi están separados de la sociedad por carecer de la palabra, se pretendió darles noticia y hacerles participantes de estos adelantos colosales, y á este efecto un hombre digno de alabanza, Fray Pedro Ponce de Leon inventó el arte, por medio del cual, con ciertos signos, se les enseña á hablar y á explicarse; así pues, en este tiempo todo era movimiento y progreso, y en todos sentidos los adelantos son admirables, á tal grado, que en los siglos XVII y XVIII y en lo que llevamos del XIX, ya no es posible señalar separadamente cada acontecimiento notable, y solo se puede decir con Biot, que en estos últimos tiempos las ciencias físicas y químicas han llenado al mundo con sus maravillas. La navegación al vapor, la telegrafía eléctrica, el alumbrado de gaz y el que se obtiene por la electricidad, los rayos solares hechos instrumentos de dibujo, el grabado y demás sinnúmero de milagros humanos han llenado á los pueblos de universal admiración y de riquezas inmensas. He aquí los frutos de las ciencias. . . . . verdad es que los actuales adelantos no son conquistas exclusivas ni de una generación, ni de un siglo, traen su origen de lejos y tienen en el pasado sus mas profundas raíces. No estaríamos á la altura en que estamos sin el patrimonio de los antiguos; pero esta consideración no atenúa la importancia de la ciencia, antes la revela de una manera mas elevada, y á la vez despierta en nosotros el sentimiento de la gratitud. En efecto, sin los conocimientos de los antiguos, estaríamos sin duda en los trabajos primitivos: estaríamos buscando el yunque y el martillo para forjar los metales, haríamos palancas ó poleas

á otros instrumentos indispensables para levantar algunas habitaciones: en suma, estaríamos en la infancia de la humanidad, y los grandes génius que hoy admiramos no hubieran dado al mundo los inventos que hoy conocemos, sino aquellos que nos dejaron los génius de la antigüedad. Newton, por ejemplo, no hubiera descubierto la atracción universal ni su binomio, ni su cálculo infinitesimal de tan cuantiosos resultados, sino que hubiera tenido que trabajar, buscando el cuadrado de la hipotenusa ó formando tal vez la tabla pitagórica. Franklin, antes que sugetar el rayo á su antojo, hubiera tenido que estudiar los mas sencillos fenómenos eléctricos, como la lumbré de los pedernales, y así sucede con todo; mas estas consideraciones, como he dicho antes, no hacen sino despertar en nosotros el sentimiento de la gratitud, y lejos de rebajar la importancia de la ciencia, lo que hacen es amplificarla y desarrollarla presentándola á nuestros ojos, como ella es realmente, es decir, como altamente importante y como verdaderamente sublime. Todo lo que ha creado la razón humana, pertenece á su gloriosa historia, y la historia de la civilización no es otra cosa que la misma historia de la ciencia. Esa rápida ojeada dada sobre el mundo y sobre lo que á la ciencia debe muestra bien claramente que ella es una necesidad para el hombre, que ella pone en sus manos la fuerza necesaria para dominar á la naturaleza, que es por medio de ella como el hombre puede alcanzar su elevación y preeminencia sobre los demas seres, y que con su auxilio, en esa marcha constante de progreso que sigue la humanidad, llegará un dia en que, como lo espresaba Descartes en su discurso sobre el método, conociendo el hombre las fuerzas y las acciones recíprocas del fuego, del agua, del aire, de los astros y de todos los otros cuerpos, tan distinta y perfectamente ó mejor que lo que hoy se conocen las materias de nuestros artesanos y obreros, las pueda emplear del mismo modo que estas para los usos á que convengan y así se reconozca bien claro que el hombre es por la ciencia el absoluto dueño y señor de todo cuanto le rodéa. Hé aquí los frutos de la ciencia: y quién no habrá de amarla, siendo ella la base de nuestra felicidad y la única capaz de conducir á la inteligencia humana á esa suma perfección, á esa ilimitada grandeza?—Pero especialmente dirigida mi locución á una juventud, cuya pasión dominante es su cariño y predilección por la ciencia, pareceme muy conveniente epilogar lo que expuesto, previniendo á los jóvenes del fin mas alto de ella que jamás debe perderse de vista, para que no raze en impiedad ni degeneren en idolatría. La ciencia ilustra el entendimiento del hombre, no solo para que domine



al mundo, sino mas especialmente para hacerle distinguir lo bueno de lo malo, la virtud del vicio, y para que provisto de sus luces le sirvan de faro en el agitado oceano de la vida y le conduzcan por camino seguro á su verdadera felicidad. Este es el alto fin de la ciencia. Ella ante todo debe despertar en los hombres una conviccion sana y profunda de su dependencia para con Dios, y hacer nacer en su alma los nobles sentimientos de respeto, amor y sumision hácia ese Ser Benigno que ha criado tantas maravillas para el hombre y que ha empleado su Omnipotencia y Sabiduría en hacernos felices y engrandecernos. Ella debe dar á los hombres idea mas clara y perfecta de su naturaleza, de sus obligaciones y de su destino futuro. Solo los niños ó pequenuelos se divierten con sus efectos, pero los sábios deben remontarse de estos hasta las causas mas elevadas. La ciencia conquista á nuestro favor el mundo, pero toda ella no es mas que una brújula de que debemos servirnos para dirigirnos al cielo! Desdichado el hombre que en el cultivo de su inteligencia se olvida de estas miras sublimes: infeliz de él si provisto de armas tan poderosas como son los conocimientos, se aparta de sus deberes; y en lugar de sujetar las pasiones á la recta razon, se deja arrastrar por ellas en el lodazal inmundo de los vicios y en la impetuosa corriente de los desórdenes. No es mi ánimo el apocar con estas observaciones las crecidas ventajas de la ciencia; estoy muy iêjos de esto; y solo pretendo el advertir y apartar á la juventud de algunos precipicios y escollos que se encuentran en su camino. Las luces sin virtudes han sido siempre muy funestas; la historia lo comprueba, y sin ocurrir á tiempos muy remotos: qué hicieron, por ejemplo, los reformadores del siglo XVI y los titulados filósofos modernos del siglo XVIII, sino arrebatar la paz á los pueblos, conmover á lo profundo los cimientos sociales y causar á la humanidad heridas tan tremendas que aun no se cicatrizan hoy dia? . . . Pluguiera al cielo, dice el autor de los estudios de la naturaleza, que esos hombres sobervios no tuvieran mas que indiferencia hácia la Mano que los colmó de bienes; pero no es eso solo, sino que tambien de seno de su orgullo se levantan murmullos contra la Providencia, y de sus bibliotecas llenas de luces, se han elevado nubarrones inmensos que han oscurecido y retrogradado al mundo. Hasta á Dios quisieron borrar de los conocimientos del hombre, y en lugar de Dios colocaron á la razon humana: esto es histórico! Ese torpe delirio ocupó los grandes talentos de Voltaire, Lametrie, Alembert y otros muchos, entre los cua es se halla el firme campeón de la reforma como lo llaman los de su época Juan Jacobo Reaudeau que decla-

ra en el contrato social que la existencia de Dios es la mayor y mas extensa de todas las preocupaciones. . . . ¿qué podia esperar la sociedad de estos funestos géneos del mal que no sé como ha podido llamárseles filósofos? Negando á Dios niegan el alma, y humillando la dignidad del hombre, reasumen sus detestables principios en aquella horrible máxima de que "no importa que los hombres sean viciosos, con tal que sean ilustrados." Esta es la doctrina de su manual filosófico. Tambien esto es histórico, y á esta perniciosa doctrina preciso era que se siguiese una práctica desastrosa. Así, pues, crímenes vergonzosos, revoluciones inicuas, la ambicion y el robo, la impiedad y el desenfreno han sido y serán siempre los funestos frutos de estas inteligencias: esos hombres soberbios, mas que sabiduría, tienen locura; mas que obrar como filósofos, obran como irracionales, cuando no pudiendo penetrar á lo profundo ni un granillo de arena, quisieran medir con la razon á Dios y á sus arcanos. . . . Nunca fué tan irracional el vulgo sencillo é ignorante como lo son en este respecto esos orgullosos filósofos. No os engañe, pues, ¡oh jóvenes! esa mentida filosofia: apartaos con valor y con energía de esos hombres impíos y de sus perversas doctrinas, pues su atmósfera es deletérea y demasiado contaminosa: defendeos de sus balagos; os hablarán sin duda de las luces y del progreso y astutamente han de mover vuestros sentimientos mas nobles como los de la patria y libertad; mas la historia os muestra el llanto y la desolacion que han causado por todas partes. Nuestra querida patria, mas que sábios perversos y libertinos, quiere laboriosos y útiles ciudadanos que la honren con su conducta y le aseguren su libertad: y jamás puede ser sojuzgada por los tiranos la nacion ó el pueblo cuyos honrados hijos han sabido librarse de las pasiones. Dadle, pues, á nuestra patria, que en vosotros cifra sus esperanzas, dadle, en vosotros mismos, ciudadanos buenos y honrados; y ya que habeis tenido hoy la dicha, la apetecible dicha, de que un gobernante sábio premie vuestros trabajos y corone vuestros afanes, afianzad esos brillantes triunfos con la práctica de la virtud y de las mas puras costumbres. Seguid en buena hora y con ardoroso entusiasmo, la dificultosa carrera de las ciencias; pero jamás os apartéis del deber, y de la virtud, teniendo bien presente que esta es la ciencia sublime de las almas y la única garantía segura de vuestro bienestar y felicidad. No lo olvideis nunca, oh jóvenes, la ciencia sin virtud no viene á ser mas que astusia, y aunque haga el adelanto material y contribuya én este sentido á la civilizacion y al progreso; sin embargo, podeis estar seguros que es absolutamente indispensable su union con

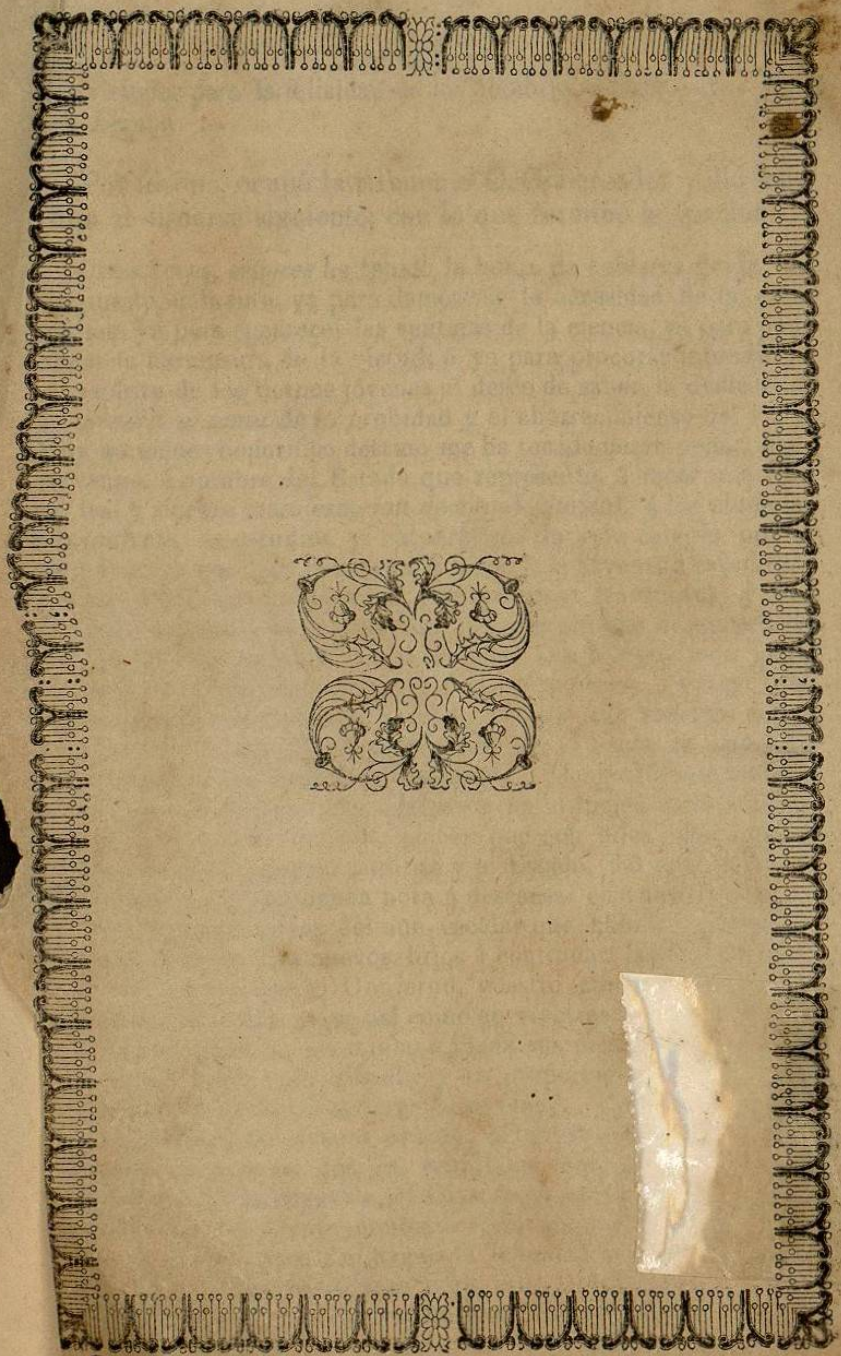


las virtudes para la felicidad de los hombres.—DICE.—*José María Lozano*

Por último, ocupó la tribuna el C. Gobernador y dió lectura al discurso siguiente; con lo que terminó la funcion.

Otras veces, señores he tenido la honra de hablaros desde este puesto eminente, ya para demostrar la necesidad de la educacion, ya para encarecer las ventajas de la ciencia, ya para ponderar la hermosura de la virtud, ó ya para procurar infundir en el espíritu de los tiernos jóvenes el deseo de saber, la dedicacion al estudio, el amor de la probidad y el aborrecimiento del vicio. Hoy no ménos honorífico destino me ha tocado desempeñar: ahora vengo, á nombre del Estado que represento, á hacer una franca, leal y sincera manifestacion de agradecimiento á los ciudadanos prefecto de estudios y catedráticos de este colegio por el cordial amor que han demostrado tener á la juventud estudiosa, por sus didácticos trabajos tan asiduos como fructuosos; y por el grande y noble desinterés con que siempre han desempeñado sus trabajosos empleos, asegurándoles que Nuevo-Leon jamás echará en olvido sus buenos y utilísimos servicios. Vengo tambien, oh jóvenes alumnos, á congratularme con vosotros por la brillantez con que habeis sabido sostener el honor de este Literario Instituto en los últimos exámenes. Congratúlome tambien con vosotros por vuestros adelantos en la lucida carrera de las ciencias y por el inefable placer que con ellos habeis sabido proporcionar á vuestras familias y al Estado, del cual sois hijos predilectos. Id en buena hora á descansar en vuestros hogares de las afanosas tareas del año escolar que habeis concluido, y volved despues con nuevos brios á continuar las del siguiente. Yo os aseguro que el Gobierno, vuestro amoroso padre, no os abandonará jamás, y que así como en vosotros funda las esperanzas de su porvenir, así tambien funda sus delicias en veros adelantarse en saber y en virtudes y en proporcionaros cuantos medios de instruccion estuvieren en su mano. Corresponded, pues, debidamente, oh jóvenes amados, á tantos beneficios y á tantas esperanzas, con ser dóciles, estudiosos, honrados y justos; y el Criador de la inteligencia, el Dios de la sabiduría os dé, por su ilimitada bondad, entendimiento claro, amor al estudio, constancia y sensatez, para que hagais la felicidad y seais la honra de nuestra querida patria, que cifra, con legítimo derecho, todas sus esperanzas en la ilustracion y en las buenas intenciones de sus hijos.—DICE.







al mundo, sino mas especialmente para hacerle distinguir lo bueno de lo malo, la virtud del vicio, y para que provisto de sus luces le sirvan de faro en el agitado oceano de la vida y le conduzcan por camino seguro á su verdadera felicidad. Este es el alto fin de la ciencia. Ella ante todo debe despertar en los hombres una conviccion sana y profunda de su dependencia para con Dios, y hacer nacer en su alma los nobles sentimientos de respeto, amor y sumision hácia ese Ser Benigno que ha criado tantas maravillas para el hombre y que ha empleado su Omnipotencia y Sabiduría en hacernos felices y engrandecernos. Ella debe dar á los hombres idea mas clara y perfecta de su naturaleza, de sus obligaciones y de su destino futuro. Solo los niños ó pequenuelos se divierten con sus efectos, pero los sábios deben remontarse de estos hasta las causas mas elevadas. La ciencia conquista á nuestro favor el mundo, pero toda ella no es mas que una brújula de que debemos servirnos para dirigirnos al cielo! Desdichado el hombre que en el cultivo de su inteligencia se olvida de estas miras sublimes: infeliz de él si provisto de armas tan poderosas como son los conocimientos, se aparta de sus deberes; y en lugar de sujetar las pasiones á la recta razon, se deja arrastrar por ellas en el lodazal inmundo de los vicios y en la impetuosa corriente de los desórdenes. No es mi ánimo el apocar con estas observaciones las crecidas ventajas de la ciencia; estoy muy iêjos de esto; y solo pretendo el advertir y apartar á la juventud de algunos precipicios y escollos que se encuentran en su camino. Las luces sin virtudes han sido siempre muy funestas; la historia lo comprueba, y sin ocurrir á tiempos muy remotos: qué hicieron, por ejemplo, los reformadores del siglo XVI y los titulados filósofos modernos del siglo XVIII, sino arrebatar la paz á los pueblos, conmover á lo profundo los cimientos sociales y causar á la humanidad heridas tan tremendas que aun no se cicatrizan hoy dia? . . . Pluguiera al cielo, dice el autor de los estudios de la naturaleza, que esos hombres sobervios no tuvieran mas que indiferencia hácia la Mano que los colmó de bienes; pero no es eso solo, sino que tambien de seno de su orgullo se levantan murmullos contra la Providencia, y de sus bibliotecas llenas de luces, se han elevado nubarrones inmensos que han oscurecido y retrogradado al mundo. Hasta á Dios quisieron borrar de los conocimientos del hombre, y en lugar de Dios colocaron á la razon humana: esto es histórico! Ese torpe delirio ocupó los grandes talentos de Voltaire, Lametrie, Aembert y otros muchos, entre los cua es se halla el firme campeón de la reforma como lo llaman los de su época Juan Jacobo Reausseau que decla-

ra en el contrato social que la existencia de Dios es la mayor y mas extensa de todas las preocupaciones. . . . ¿qué podia esperar la sociedad de estos funestos géneos del mal que no sé como ha podido llamárseles filósofos? Negando á Dios niegan el alma, y humillando la dignidad del hombre, reasumen sus detestables principios en aquella horrible máxima de que "no importa que los hombres sean viciosos, con tal que sean ilustrados." Esta es la doctrina de su manual filosófico. Tambien esto es histórico, y á esta perniciosa doctrina preciso era que se siguiese una práctica desastrosa. Así, pues, crímenes vergonzosos, revoluciones inicuas, la ambicion y el robo, la impiedad y el desenfreno han sido y serán siempre los funestos frutos de estas inteligencias: esos hombres soberbios, mas que sabiduría, tienen locura; mas que obrar como filósofos, obran como irracionales, cuando no pudiendo penetrar á lo profundo ni un granillo de arena, quisieran medir con la razon á Dios y á sus arcanos. . . . Nunca fué tan irracional el vulgo sencillo é ignorante como lo son en este respecto esos orgullosos filósofos. No os engañe, pues, ¡oh jóvenes! esa mentida filosofia: apartaos con valor y con energía de esos hombres impíos y de sus perversas doctrinas, pues su atmósfera es deletérea y demasiado contaminosa: defendeos de sus balagos; os hablarán sin duda de las luces y del progreso y astutamente han de mover vuestros sentimientos mas nobles como los de la patria y libertad; mas la historia os muestra el llanto y la desolacion que han causado por todas partes. Nuestra querida patria, mas que sábios perversos y libertinos, quiere laboriosos y útiles ciudadanos que la honren con su conducta y le aseguren su libertad: y jamás puede ser sojuzgada por los tiranos la nacion ó el pueblo cuyos honrados hijos han sabido librarse de las pasiones. Dadle, pues, á nuestra patria, que en vosotros cifra sus esperanzas, dadle, en vosotros mismos, ciudadanos buenos y honrados; y ya que habeis tenido hoy la dicha, la apetecible dicha, de que un gobernante sábio premie vuestros trabajos y corone vuestros afanes, afianzad esos brillantes triunfos con la práctica de la virtud y de las mas puras costumbres. Seguid en buena hora y con ardoroso entusiasmo, la dificultosa carrera de las ciencias; pero jamás os apartéis del deber, y de la virtud, teniendo bien presente que esta es la ciencia sublime de las almas y la única garantía segura de vuestro bienestar y felicidad. No lo olvideis nunca, oh jóvenes, la ciencia sin virtud no viene á ser mas que astusia, y aunque haga el adelanto material y contribuya én este sentido á la civilizacion y al progreso; sin embargo, podeis estar seguros que es absolutamente indispensable su union con



las virtudes para la felicidad de los hombres.—DICE.—*José María Lozano*

Por último, ocupó la tribuna el C. Gobernador y dió lectura al discurso siguiente; con lo que terminó la función.

Otras veces, señores he tenido la honra de hablaros desde este puesto eminente, ya para demostrar la necesidad de la educación, ya para encarecer las ventajas de la ciencia, ya para ponderar la hermosura de la virtud, ó ya para procurar infundir en el espíritu de los tiernos jóvenes el deseo de saber, la dedicación al estudio, el amor de la probidad y el aborrecimiento del vicio. Hoy no ménos honorífico destino me ha tocado desempeñar: ahora vengo, á nombre del Estado que represento, á hacer una franca, leal y sincera manifestación de agradecimiento á los ciudadanos prefecto de estudios y catedráticos de este colegio por el cordial amor que han demostrado tener á la juventud estudiosa, por sus didácticos trabajos tan asiduos como fructuosos; y por el grande y noble desinterés con que siempre han desempeñado sus trabajosos empleos, asegurándoles que Nuevo-León jamás echará en olvido sus buenos y utilísimos servicios. Vengo también, oh jóvenes alumnos, á congratularme con vosotros por la brillantez con que habeis sabido sostener el honor de este Literario Instituto en los últimos exámenes. Congratúlome también con vosotros por vuestros adelantos en la lucida carrera de las ciencias y por el inefable placer que con ellos habeis sabido proporcionar á vuestras familias y al Estado, del cual sois hijos predilectos. Id en buena hora á descansar en vuestros hogares de las afanosas tareas del año escolar que habeis concluido, y volved despues con nuevos bríos á continuar las del siguiente. Yo os aseguro que el Gobierno, vuestro amoroso padre, no os abandonará jamás, y que así como en vosotros funda las esperanzas de su porvenir, así también funda sus delicias en veros adelantando en saber y en virtudes y en proporcionaros cuantos medios de instrucción estuvieren en su mano. Corresponde, pues, debidamente, oh jóvenes amados, á tantos beneficios y á tantas esperanzas, con ser dóciles, estudiosos, honrados y justos; y el Criador de la inteligencia, el Dios de la sabiduría os dé, por su ilimitada bondad, entendimiento claro, amor al estudio, constancia y sensatez, para que hagais la felicidad y seais la honra de nuestra querida patria, que cifra, con legítimo derecho, todas sus esperanzas en la ilustración y en las buenas intenciones de sus hijos.—DICE.



